

Recuerdo que varias giras de conferencias que dí por países de Hispanoamérica fueron procedidas de otras tantas de D. Víctor. Y siempre tenía la satisfacción de oír magníficas referencias de su doctrina y su persona. También ahora se me ha anticipado en el último viaje. Y ha dejado tras de sí el *bonus odor* del hombre discreto, consagrado a grandes tareas, disciplinado y entusiasta. Indudablemente, es un gran don haberlo tratado y seguir contando ahora con su espléndido legado intelectual.

LUIS DíEZ DEL CORRAL: IN MEMORIAM

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Enrique Fuentes Quintana

El 14 de marzo de 1991 celebraba la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas una Sesión Pública extraordinaria que tenía como motivos rendir un homenaje debido y proclamar un reconocimiento permanente. El homenaje iba dirigido a nuestro compañero Luis Díez del Corral, a quien reconocíamos en el Acto el bien ganado título de Presidente de Honor de nuestra Corporación.

He vuelto a leer en estos días las intervenciones que dieron argumento y contenido a este homenaje singular y he vuelto a recordar el ambiente inolvidable que ese homenaje a Don Luis Díez del Corral supo crear en torno a su persona y a su vida en uno de los Actos más solemnes y, paradójicamente, al mismo tiempo, más entrañables que registran los anales de nuestra Real Academia.

Ese Acto del homenaje debido a Don Luis Díez del Corral finalizaba con el reconocimiento de la concesión de la Gran Cruz del Mérito Civil realizada por Su Majestad el Rey con unas palabras que no he olvidado y en las que creo que se encuentra el mejor elogio que hoy podemos tributar a nuestro compañero desaparecido que presidió con «autoritas genuina» la vida de la Corporación y que compartió con los Académicos de distintas generaciones nuestras Sesiones de trabajo desde que ingresara en la Academia el 2 de febrero de 1965. 28 años después de esa fecha Su Majestad el Rey afirmaba en nuestra Casa: «Creo que la Corona tiene como muy importante misión destacar la ejemplariedad de las conductas en el seno de las Reales Academias. Porque hay también heroísmos en el trabajo intelectual diario, en la formación de discípulos, en la búsqueda inteli-

gente e incansable de la verdad». Palabras ajustadas para destacar el motivo del homenaje de la Academia que recibía Don Luis Díez del Corral a quien Su Majestad calificaba como «persona clave para explicar el notable progreso alcanzado por la investigación del pensamiento político en España».

En tres escenarios principales discurría la vida de Don Luis Díez del Corral y en los tres dejaría la huella imborrable de su dedicación investigadora, de la sabiduría de sus dictámenes y del reconocimiento fecundo de su magisterio.

La calidad de las investigaciones de Don Luis Díez del Corral cuenta con una raíz profunda de la que derivó su fundamento y su fuerza. La enseñanza de los viejos maestros de la Universidad de Madrid en los conocimientos de la década de los años 30. En esa Universidad cursaría las enseñanzas en las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras, radicadas ambas entonces en el viejo caserón de San Bernardo, lo que le permitió disfrutar del magisterio ejemplar de Castillejo y García Posada en la Facultad de Derecho y de García Morente, Xabier Zubiri y, algo más tarde, de Ortega y Gasset en Filosofía. Una formación con grandes maestros que el joven universitario cerraría con el viaje que la Facultad de Filosofía organizó, en 1933, por las principales ciudades y sitios monumentales del Mediterráneo bajo la tutoría de Manuel Gómez Moreno. Esa formación en centros españoles, de excelencia entonces, las completaría el universitario Luis Díez del Corral con la beca que la concedería la Junta de Ampliación de Estudios para acudir durante dos semestres a las Universidades de Berlín y Friburgo.

Esa etapa formativa del universitario Luis Díez del Corral contaría, después, con los escenarios adecuados donde rendir sus frutos: el Instituto de Estudios Políticos donde ingresaría desde su creación en 1939; la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas en la que ganaría, en 1947, tras de una oposición deslumbrante, la Cátedra de «Historia de las Ideas y de las formas políticas» y esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de la que sería elegido Académico Numerario el 2 de febrero de 1965 y Presidente en 1984.

Sería en el Instituto de Estudios Políticos donde se forjaría y editaría, en 1945, la obra que iba a convertirse en un ensayo clásico sobre «El liberalismo doctrinario», obra insinuada por Ortega a Don Luis Díez del Corral y que éste realizaría con la entera aprobación de quienes eran sus maestros, sus compañeros y sus discípulos. En el Instituto de Estudios Políticos, Don Luis Díez del Corral participaría en la organización de sus cursos y seminarios que extenderían su labor investigadora e iniciarían la docente. La personalidad de Don Luis Díez del Corral contribuiría, decisivamente, a crear en el Instituto de Estudios Polí-

ticos de los años 40 y 50 un reducto de libertad intelectual y de cultivo de la investigación que no era fácil de lograr en aquella época. En ese quehacer corporativo, editorial y científico del Instituto de Estudios Políticos se encuentra la diaria presencia de nuestro querido Académico y Presidente de Honor desaparecido y la muestra fidedigna de su capacidad para crear el ambiente preciso hacia el que atraer a jóvenes investigadores.

El desempeño de esa función de magisterio en el campo que había dominado su dedicación investigadora sería facilitado por la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas en 1943. Atender a las enseñanzas universitarias de una sección de Ciencias Políticas constituía un reto difícil de afrontar para dotarlas con la debida calidad y eficiencia. La Facultad tuvo la fortuna de poder incorporar —para responder a este reto— a tres profesores excepcionales en sus enseñanzas: Don Luis Díez del Corral, Don Antonio Maravall y Don Luis García de Valdeavellano.

Desde su incorporación a la Cátedra de «Historia de las Ideas y de las Formas Políticas», Don Luis Díez del Corral se convertiría en un maestro para las generaciones que tuvieron la suerte y la oportunidad de recibir sus enseñanzas a las que supo transmitir —como han afirmado sus discípulos— la pasión por el conocimiento, la emoción por la apertura al mundo y el riesgo intelectual.

Esos dos escenarios del Instituto de Estudios Políticos y de la Universidad Complutense constituyeron el origen y el destino de sus obras fundamentales que siguieron a su «Liberalismo doctrinario»: «El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo» en 1954, «La Monarquía Hispánica en el pensamiento político europeo de Maquiavelo a Humboldt» en 1976. La cuarta y trabajada obra básica de Don Luis Díez del Corral se iniciaría en el tercer escenario en el que discurrieron sus actividades: el de nuestra Academia de Ciencias Morales y Políticas. Porque es en nuestra Casa en la que ingresa Don Luis el 2 de febrero de 1965, sucediendo en la Medalla n.º 25 a Don Nicolás Pérez Serrano, un respetado maestro del Derecho Político, con un discurso magistral en el que analizaba «La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal». Con ese ensayo Don Luis iniciaba su obra monumental sobre «El pensamiento político de Tocqueville» que tardaría en madurar 24 años, los que van de 1965, fecha de su discurso en esta Real Academia, a la publicación, en 1989, de «El pensamiento político de Tocqueville, Formación intelectual y ambiente histórico». Cuando se repasan los Anales de esta Academia en esos 24 años se comprueba que las intervenciones de Don Luis en nuestras Sesiones académicas tuvieron, como argumento dominante, traer a la consideración de los Académicos lo que él denominaría «el trato cautivador de Tocqueville que se había convertido para él

en un verdadero cautiverio». Un cautiverio con el que gozamos los Académicos a los que nos hacía partícipes de sus reflexiones sobre el pensamiento de Tocqueville dejándonos siempre cautivados de su palabra y creando esa relación con los grandes pensadores políticos que Don Luis Díez del Corral sabía realizar como nadie.

A estas cuatro obras fundamentales de Don Luis Díez del Corral, habría que añadir los ensayos que elaboró procedentes de sus cursos universitarios o de su omnipresencia en cursos, conferencias y ponencias en Universidades nacionales y extranjeras en los que refería su personal interpretación de las ideas de las figuras fundamentales del pensamiento filosófico y político que cubren un amplio espectro de los clásicos antiguos y modernos.

Un grupo distinto de sus trabajos se inscriben en un quehacer peculiar: el referido a las manifestaciones artísticas y la relación de estas con la historia. Tres grupos de obras testimonian ese valioso legado de Don Luis Díez del Corral. Los recogidos en sus «Ensayos de Arte y Sociedad» publicados en 1955, su exploración sobre «La función del mito en la literatura contemporánea» aparecida en 1957 y «Velázquez, la Monarquía e Italia» publicado en 1959, que enlaza los grandes cuadros del Prado con su significación en la historia de España.

Luis Díez del Corral fue durante toda su vida un viajero peculiar al estilo de nuestros ilustrados del siglo XVIII pero que disfrutó de los medios tan distintos de transporte como los que él ha utilizado en su recorrido por el mundo en nuestro siglo. De esos viajes Don Luis ha dejado testimonio escrito como lo hicieron nuestros ilustrados. Escritos de Don Luis que podemos utilizar con provecho los viajeros de nuestro tiempo. A esa literatura pertenecen «Del Nuevo al Viejo Mundo» publicado en 1963. Su temprano ensayo sobre «Mallorca» dedicado a su mujer Rosario Garnica y que merecería en el año de su edición, 1942, el Premio Nacional de Literatura. En ese mismo año 1942 Don Luis había publicado la traducción del poema «El Archipiélago» de Hölderlin, precedido de un estudio de su obra que muchos han considerado como guía indispensable para recorrer la Grecia clásica.

No quisiera terminar esta evocación de nuestro querido compañero desaparecido sin referirme a su papel en el Consejo de Estado y a su presencia inolvidable en la vida de nuestra Real Academia.

Con 24 años, en 1936, Don Luis Díez del Corral ingresaría, por oposición, en el prestigioso Cuerpo de Letrados del Consejo de Estado. Por haber heredado el desempeño de la representación de la Real Academia en el Consejo

puedo testimoniar la consideración de jurisconsulto eminente de la que goza en el Consejo donde ha dejado la huella imborrable de servidor continuado del interés público que impregnaba todos sus dictámenes. Por otra parte, el propio Don Luis ha destacado el beneficio que él obtuvo del desempeño de esa tarea. Tener que ocuparse todas las semanas de asuntos concretos —decía Don Luis— hacía que tuviera una conciencia precisa de la *res publica*, manteniendo así los pies en la realidad evitando irse —al historiar el pensamiento político— por divagaciones o por los caminos de una utopía más o menos gratuita. «Esa referencia de los dictámenes del Consejo a las materias de carácter concreto, ofrecía siempre un peso, un saco de arena que hacía que bajara de lo que era pura elucubración y me permitía establecer contacto con lo que es la realidad política de las sociedades humanas».

En la vida de nuestra Real Academia la presencia de Don Luis para quienes convivimos en muchas jornadas semanales constituyó siempre una referencia que nos hacía esperar sus opiniones como juicios de calidad que incorporaban un valor añadido a nuestras Sesiones de trabajo. La presencia de Don Luis Díez del Corral en nuestra Academia estuvo acompañada de la admiración hacia su conocimiento y a su obra y del afecto y la generosidad y su hombría irradiaban de su singular personalidad.

Es ese recuerdo vivido e imborrable el que nos queda y el que deseáramos transmitir con el mayor afecto a su familia en el día de hoy en el que lamentamos su pérdida irreparable.

Nos queda también la espléndida edición de sus Obras Completas, en la que tanto empeño ha puesto su familia y sus discípulos y que he querido que presidiera este Acto como reconocimiento de su legado de maestro inolvidable de la Universidad española, de jurisconsulto eminente del Consejo de Estado y de Académico ejemplar que fue en su vida.

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Antonio Truyol Serra

En esta sesión en recuerdo de la persona y la obra de nuestro admirado Presidente de honor Luis Díez del Corral, no me propongo intervenir propiamente como compañero en la docencia, durante la cual, en tanto que titular de mi primera cátedra, de Derecho natural y Filosofía del Derecho en las Uni-

versidades de La Laguna, Murcia y Lisboa, al exponer la parte histórica de la disciplina, me sentía próximo a la de la historia de las ideas y las formas políticas por él inaugurada en Madrid en la Facultad de Ciencias políticas y económicas (luego de Ciencias políticas y Sociología) y tan brillantemente desempeñada. En tal calidad, tuve, por cierto, el privilegio de una convergencia con ella en la común referencia a autores como San Agustín y Campanella o a realidades históricas como la Reforma protestante y la Monarquía hispánica. Trasladado yo ya a esta última Facultad, mi dedicación al Derecho internacional público y las Relaciones internacionales me familiarizaría con otra vertiente del pensamiento de Luis que ha atraído también mi atención y mi búsqueda en las últimas décadas: el que tenía por objeto a Europa, cuyo mítico rapto fuera por él magistralmente tratado desde una amplia perspectiva filosófico-histórica, en función de su impacto sobre una sociedad internacional convertida entre tanto en mundial.

Pero más allá de esta zona de convergencia de biografía docente, hoy quiero ver a Luis Díez del Corral desde un ángulo más personal y, por así decirlo, gratuito en el sentido existencial del término: desde el ángulo del lector fervoroso de dos libros de su juventud, precisamente los primeros que publicó, en 1942, y que no han visto marchitarse para mí su originario encanto. Se trata, de un lado, del estudio y la traducción del poema *El Archipiélago* de Hoelderlin, y, del otro, de *Mallorca*, dedicado, este último, a Rosario, su esposa.

A pesar de una posible extrañeza inicial, no resulta casual el emparejamiento de estas obras. La una y la otra nacieron de un interés común por el mundo mediterráneo, y concretamente por sus archipiélagos oriental y occidental, si bien éste se concentra aquí en Mallorca e Ibiza. El uno y el otro se caracterizan por la compenetración estrecha y vital del entorno geográfico con el hombre y su civilización.

El Archipiélago de Hoelderlin es, en palabras de nuestro compañero, «una maravillosa evocación y ensalzamiento de la vida helénica», la culminación de un amor a Grecia que en el poeta germano alcanzara un grado único. Lo curioso, como observa certeramente Luis, es que nuestro poeta, por exigencias de su precaria existencia material de preceptor en familias acomodadas, sólo entró en contacto con el mar con ocasión de un viaje a Burdeos para ejercer esta función en casa de un comerciante alemán allí establecido: y fue al regresar a su patria, poco después, en un estado de extremo agotamiento físico y espiritual, cuando empezó su locura, agravada en 1806 y a la que, «en resignada lasitud», sobreviviría más de treinta años, hasta su muerte, en 1843. De ahí que, en su breve vida de lucidez mental, no llegara Hoelderlin a ver ese Mediterráneo tan íntimamente vivido y expresado en toda su obra, y singularmente en *El Archipiélago*.

Mallorca, por su parte, es, más que una descripción, la expresión de una identificación gozosa con la joya occidental de un *Mare nostrum* que, más allá de su sentido político de espacio sometido a un dominio, encierra una connotación superior, «el reconocimiento de una dependencia y de una confianza hacia el mar como fecundador y protector de la vida civilizada». Es cierto que el curso ulterior de la historia, con el adentramiento en el continente y la navegación del Atlántico, ampliaría el horizonte geográfico, y el *mare tenebrosum*, convertido en el verdadero mar, rebasando el nivel de lo humano, dejaría el Mediterráneo reducido «a poco más que lago de humildes aguas»; pero no lo es menos, siguiendo a Luis Díez del Corral, que «en cuanto nos acercamos al Mediterráneo, reivindica su título de *mare nostrum* con la sencillez de su gracia».

Estamos, pues, ante dos libros que une una misma, aunque doble, perspectiva referida al mar clásico, del que emergería la civilización de la que somos herederos. El primero hace revivir la visión de una Hélade áurea e ida, transmitida a través de su genial evocación por un poeta de los más grandes, mientras el segundo brinda la vivencia inmediata de una tierra afín, entrañablemente recorrida en su actuante presente.

No es éste el momento de un análisis más detenido de ambos libros. La índole de este acto y la referencia subjetiva al vínculo de amistad que compartíamos, Luis y yo, me mueve, en cambio, a subrayar aspectos afectivos que, en el ambiente de autenticidad que es el nuestro aquí, me permitiré expresar con la espontaneidad de que soy capaz.

Es el primero la gran simpatía que siempre sentí por su vasta cultura humanística, la variedad de sus lecturas, y singularmente su afición por la poesía. Los pocos años de edad que nos separaran hacen que, desde nuestros puntos de partida naturalmente diferentes, buena parte de este acervo fuese común. No quiero dejar de recordar, en este lugar y en este momento, en la línea de la fruición que produce la lectura de su versión castellana de *El Archipiélago*, mi juvenil entusiasmo por la poesía lírica alemana e inglesa, muchos de cuyos versos perviven, inmalescibles, en mi memoria o me acompañan, copiados hace años en cuadernillos, en mis viajes. Byron, Shelley, Keats, y para mí también Wordsworth y el Coleridge del *Viejo marinero*, Whitman, Goethe, Schiller, Hoelderlin, Heine, Rilke, sin olvidar, entre los franceses, a Víctor Hugo, Baudelaire, Verlaine, Valéry o Claudel, y entre los italianos a Leopardi o Carducci, eran familiares a nuestra generación en sus respectivas lenguas, prescindiendo del recurso a éstas en el ámbito científico. ¿Cómo no manifestar aquí un sentimiento de admirativa «hermandad» intelectual ante quien tradujo tan pulcramente al castellano un

texto tan rico de ritmos y resonancias como *El Archipiélago* de Hoelderlin? Y llegados a este punto, me permitirán que haga una confesión, que hasta ahora no había salido del ámbito de mi intimidad: y es que, a los diez y siete o diez y ocho años, a punto de terminar el bachillerato en el Colegio Francés de Saarbruecken, vertí todo el *Intermezzo lírico* de Heine del alemán al francés, que había extrañado la traducción y volví a encontrarla, hace poco, en un viejo cuaderno. Aca-so la diferencia de nuestras respectivas edades explique la que mediara entre el tema sentimental y el filosófico de nuestros afanes de entonces. En todo caso, habiéndome adentrado más en el *cammin di nostra vita*, sigo ahora la senda de Luis, trasladando ocasionalmente al castellano la poesía filosófica de Goethe, con ánimo, ahora, de publicarla.

En cuanto al libro de Luis sobre Mallorca, el mallorquín por *ius sanguinis* que soy no puede dejar de sentir hondamente no tenerlo en su biblioteca como volumen autónomo, como cuando salió. Pocas veces se habrá identificado alguien con un paisaje geográfico y humano con la sensibilidad que pone de manifiesto Luis Díez del Corral en esta pequeña obra maestra. Habiendo yo pasado mi niñez y algunos años de mi juventud en uno de sus principales pueblos, Inca, de donde era oriundo mi padre, y luego en Palma, su lectura despierta en mí múltiples y nítidos recuerdos.

Como dice con razón Luis, «una isla de las dimensiones de Mallorca proporciona el goce único de contemplar y sentir una viva unidad física»; tiene «el tamaño justo para albergar una rica diversidad y permitir que se pase brevemente de uno a otro aspecto, gozando inmediatamente del contraste y siempre dentro de la constante conciencia isleña». Con lúcida mirada, señala que «aquí la tierra es esencialmente escenario humano», añadiendo con acierto que «a diferencia de lo que sucede en otras islas mediterráneas, el viajero no se encuentra retrocedido a otros tiempos».

Destaca D. Luis la afición del pueblo mallorquín a las excursiones y su fina sensibilidad para el paisaje. Puedo corroborar en todo caso, por mi parte, lo primero, al rememorar las muchas que hicimos, con mis hermanos, primos y amigos, como miembros de la asociación Fomento del Turismo, cuando éste no tenía todavía el carácter masivo que alcanzaría más tarde. De ahí la nostalgia asociada a muchos de los lugares (simas, cumbres, cuevas, calas, puertos, atalayas, la maravilla de Miramar, Formentor) que con insuperable brillantez y exquisito conocimiento vivido se evocan. Especialmente emotivas resultan para mí las reflexiones sobre los árboles y el agua. Del árbol se dice que es «el dueño y el orgullo de Mallorca», mayor maravilla «en esta tierra que esconde avaramente su humedad». En esta isla sin río, donde ni una gota de agua se pierde, sé por

experiencia propia, inserta en la profundidad de la memoria infantil, por qué el agua ocupa, como escribe Luis, el más alto lugar en el aprecio.

No podía faltar la docta evocación del mayor de los isleños, Raimundo Lulio, Ramón Llull, con la polaridad de su «entrega a la vida solitaria» y su vital «incansable peregrinar» en pos de un «encendido afán de conversión universal»; ni la de los «visitantes» ilustres, como Chopin y George Sand, y el Archiduque, primo del emperador Francisco José, enamorado del archipiélago y sus gentes, que, afincado en Miramar, con el «afán investigador propio de su pueblo», y en compañía de artistas y científicos recorrió todos los rincones de las islas, y «cuyos estudios forman la obra más completa y seria sobre las Baleares».

Termina nuestro compañero con unas consideraciones sobre Ibiza, «no menos bella que la mayor de las Baleares, aunque más modesta y olvidada», tras advertir que sería imperdonable pasarla por alto. Al abrírsele su bahía, viniendo de Palma, sentirá el viajero que «penetra en un ambiente especialmente primitivo y puro; le parecerá como si un olvido de los años hubiera dejado a la pequeña isla en una época anterior, en que las cosas fueran más genuinas, el aire más transparente, los sonidos más nítidos, más limpios los colores». Si se contempla el conjunto de la ciudad, «se advertirá en seguida su reacia contextura, cómo las casas diminutas se engastan en rigurosa pirámide, que, ceñida de sólida muralla, termina coronada por la fortaleza y el templo, vieja acrópolis mediterránea que exalta en el éter sobre el hermoso conjunto natural la dignidad y la nobleza del orden humano». Inolvidables quedan en la retina los pueblos ibicencos, «sobre cuya extremada blancura el nombre siempre de santo» (San Antonio, San Jorge, San José, Santa Eulalia) «pone todavía una nota como de celestial resplandor»; y lo mejor de Ibiza, sus calas.

Es obvio que desde 1942 ni Mallorca ni Ibiza ni tampoco las islas griegas son lo que eran, invadidas cuando no agredidas como han sido, no siempre para bien, por muchedumbres foráneas, apretadas viviendas, «atracciones» (así se califican) ruidosas, sobre todo en ciertos litorales, gravemente degradados. Pero yo prefiero refugiarme mentalmente en el interior de la isla mayor, mejor preservado, y seguir viéndola con la mirada ingenua con que la ha evocado entrañablemente la prosa amiga de Luis. Y no quiero terminar sin volver a su loa de los árboles mallorquines. Si atendemos a su afirmación de que «el viajero se lleva como el mejor regalo quizás de Mallorca la imagen de algunos de sus árboles», yo llevo conmigo la del que trazara el poeta mallorquín Miquel Costa i Llobera en su célebre poseía *Lo pi de Formentor* (1875) en la lengua vernácula que Luis acoge en varias referencias a lo largo del libro (¿y cuándo y dónde lo haría mejor?):

«Mon cor estima un arbre: més vell que l'olivera,
més poderós que el roure, més verd que el taronger,
conserva de ses fulles l'eterna primavera
i lluita amb les ventades que atupen la ribera,
que cruixen lo terror.
(...)».

(Sesión de la Real Academia de Ciencias
Morales y Políticas del 26 de mayo de 1998)

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Olea

Conocí a Don Luis Díez del Corral un día de junio del año 1947 en el Consejo de Estado, recién acabadas mis oposiciones de ingreso en el Cuerpo de Letrados, en el que él mismo había ingresado más de diez años antes, y en el que había permanecido hasta su jubilación en 1981, y al que había vuelto como Consejero Nato, en su calidad de Presidente de esta Casa, en 1985.

Recorrió en el Consejo de Estado, las viejas categorías de su Cuerpo de Letrados —de ingreso, de primer ascenso, de segundo ascenso, de término— hasta su promoción al de Letrado Mayor en 1958.

Siempre estuvo orgulloso Don Luis de su oficio de jurista y, en ocasión memorable, nos recordó como «Leibniz, en la Academia de Berlín que él fundara, figuraba no como filósofo, matemático, teólogo o historiador, sino como jurisconsulto».

Decía, que conocí a Don Luis en un día de 1947, abriéndose desde ese día una relación de afecto hasta siempre prolongado, hasta sus últimos días. Me cupo la fortuna de estar con él el verano pasado en Noja y con él tener una larguísima conversación sobre temas mil.

Por cierto, que estoy y seguiré utilizando el Don que él merece y que nunca me admitió y, cuyo uso por mí durante mis primeros años como Letrado mayor, le producía una característica irritación risueña, a la que acompañaba su indicación enérgica de que abandonara de una vez el Don, como efectivamente entonces lo hice, y hoy recupero para este homenaje al Maestro al que el Don es siempre debido.

* * *

No fui alumno directo de Don Luis, quiero decir, alumno de los de verdad, de los alumnos de banco universitario, oyendo las lecciones del maestro. Con todo, siempre me consideré, y él lo sabía, alumno suyo y, con este título que no otro, participé en la felicidad suya y de su familia cuando justísimamente fue investido Doctor *honoris causa* por La Sorbona. Y, por supuesto, que también fue el Maestro el que más de una vez me aleccionó sobre el reflejo en España del *Liberalismo Doctrinario* francés (él mismo nos dejó dicho, por cierto, que su curso sobre el pensamiento de Cánovas «fue el arranque» del este libro primoroso); como con el Maestro fue con quien discurrí sobre el pintoresco título que los traductores ingleses pusieron a su imperecedero *Rapto de Europa*.

Lo que Don Luis Díez del Corral fue en la Universidad y esta Casa, lo han dicho ya y lo seguirán diciendo mejor que yo mis compañeros de parlamentos en este día. Con todo, quiero traer a la memoria de nuestra Corporación y expresar ante su familia, lo excelentísimo de sus disertaciones, y la viveza y el vigor intelectual tanto de su participación en los coloquios, como del cierre de los mismos en los años 1984 a 1990, en que tuvimos la fortuna de reunirnos bajo su Presidencia.

* * *

Para concluir: decir, querida Rosario, que nuestra amistad fue siempre cordial, es decir, poco, aún usando del superlativo, porque fue más que cordialísima; fue la propia de un afecto profundo, unido por mi parte a un sentimiento reverencial que era el que Luis inspiraba sin proponérselo, con una naturalidad hija y reflejo de su carácter.

Y éste es uno de los muchos rasgos indelebles que Don Luis Díez del Corral, que, a todos nos deja.

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Salustiano del Campo Urbano

A tan corta distancia de la muerte de D. Luis Díez del Corral, y en un acto que requiere brevedad en las intervenciones, lo mejor que se me ocurre es recordar la influencia y el ejemplo de mi maestro de tantos años: cuarenta y ocho para ser exactos. En 1950 cursé su asignatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, en la que hacía por libre bastantes otras. La suya

representaba una excepción de gran calidad. Aquel año explicó el pensamiento griego y la polis, además de los reinos helenísticos. También, Maquiavelo, Hobbes, Bodino, Locke y Rousseau, dedicando un seminario de lectura y comentario de los clásicos a Sieyès, la traducción de cuyo *Ensayo sobre los privilegios y ¿Qué es el tercer estado?* había prologado en la Editorial Civitas nuestro compañero Valentín Andrés Álvarez. En años sucesivos, y por invitación suya, repetí estos Seminarios, en los cuales leímos, entre otros textos, el *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, de Locke y las *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* de Burke. Sus colaboradores de Cátedra eran entonces Juan Ignacio Tena Ibarra y Rodrigo Fernández Carvajal, ambos espíritus finos y personas de entrañable humanidad.

D. Luis empezó pronto a darme catálogos de libros nacionales y extranjeros para proponer adquisiciones y me pidió luego que acudiera los martes a última hora a la biblioteca de la Facultad, donde se reunía con Antonio Truyol y José Antonio Piera Labra y hacían la selección definitiva de los libros a comprar y de las revistas a las que suscribimos, lo que pronto convirtió la nuestra en la primera Biblioteca de Ciencias Sociales de España. Todo esto con la mayor gentileza y naturalidad de trato hacia el curioso ignorante que era yo. No solamente me regaló dedicada la primera edición de su recién publicado *El rapto de Europa*, sino que me obsequió también con un ejemplar de *El liberalismo doctrinario* y otro de su ya entonces inencontrable *Mallorca*.

Era un competentísimo Profesor de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas, eso desde luego, pero también mucho más. Tenía, como Letrado del Consejo de Estado, una espléndida formación jurídica y un gran sentido del Estado y estaba al corriente de lo que pasaba en el mundo intelectual a través del seguimiento de las obras que se publicaban en alemán, inglés y francés, a la vez que mediante la lectura regular de *Die Neue Zürcher Zeitung* y del *Times Literary Supplement*, que recibía en su casa junto a otros periódicos extranjeros más habituales. Fruto de una de sus atentas lecturas en *The Times Literary Supplement* fue el libro *La sociedad dinámica*, traducido por Nicolás Ramiro Rico, e incluido en la Colección Civitas del Instituto de Estudios Políticos.

A través de todas estas fuentes nos animaba a abrírnos a los mejores productos de la inteligencia de todos los tiempos, sin dogmatismos y con flexibilidad. Más de una vez le oí contar que Ortega y Gasset recomendaba a sus discípulos que escogieran a un pensador y lo estudiaran a fondo, para poder así abordar después con su apoyo el conjunto de las cuestiones fundamentales del pensamiento y del quehacer político. Incluso añadía que el propio Ortega solía sugerir la lectura de Hume. En todo caso, él había seguido la invitación genérica

de su maestro inclinándose por Tocqueville, después de haber publicado el mejor libro de su época sobre el liberalismo doctrinario y haber consagrado unos capítulos, todavía no superados, al tan injustamente subvalorado Cánovas del Castillo. Precisamente, al comentar su muerte José María Marco ha señalado que «a él y a sus amigos les tocó la tarea de reconstruir la gran herencia liberal española, traicionada por sus maestros (en particular, Ortega) y casi aniquilada por sus coetáneos...»

Las discusiones al hilo de lo que se publicaba entonces en los principales países se alojaron algo más tarde en otro marco, el de un Seminario de graduados en el Instituto de Estudios Políticos, del que todos los que formamos parte de él conservamos una imborrable memoria y reconocemos los grandes beneficios intelectuales que nos proporcionó. Con este encuentro semanal, dirigido por él y por José Antonio Maravall, se revitalizaron las secciones bibliográficas de la *Revista de Estudios Políticos*, entonces dirigida por otro personaje clave en el desarrollo de las Ciencias Sociales en España: Javier Conde, que sigue siendo acreedor de un homenaje que la coyuntura de su muerte malogró. Díez del Corral supo muy bien las circunstancias, porque formó parte de la Comisión organizadora que no pudo llevarlo a cabo.

Cuando en 1955, gracias a Conde, obtuve una beca para estudiar en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, mantuve con Díez del Corral una correspondencia regular y frecuente. En aquella Universidad me encontré con que los autores se leían directamente, con que el libro de texto de Historia de las Ideas Políticas era el de Sabine, que él usaba en la misma función desde que apareció su traducción en el Fondo de Cultura Económica, y que Tocqueville era un personaje crucial en el campo de las Ciencias Sociales en Estados Unidos. Hasta esos años, recuérdese, lo que sobre este autor se había publicado en Europa no era mucho y, por supuesto, se refería sobre todo a *El Antiguo Régimen y la Revolución* y no a la *Democracia en América*.

Díez del Corral se empeñó en conocer las raíces del pensamiento de Tocqueville y su discurso de ingreso en nuestra Academia en 1965 sobre *La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal* supone un gran avance respecto a su contribución al Congreso del centenario de Tocqueville (1959) titulada *Tocqueville et la pensée politique des doctrinaires*, que prueba, de una manera muy suya, que en adelante iba a estudiar las ideas políticas a través del prisma de Tocqueville. Su trabajo sobre «La desmitificación de la Antigüedad Clásica por los pensadores liberales con especial referencia a Tocqueville» es otro testimonio de esta misma preocupación, que continuó con su curso de la Universidad de Nôtre Dame (Indiana), *The intellectual formation of Tocqueville*, que

no quiso publicar a la espera de las Obras Completas del gran pensador liberal, que entonces se consideraban de inminente aparición. Este largo esfuerzo culminó, al fin, con su *El pensamiento político de Tocqueville*, que vio la luz en 1989. Una larga dedicación, un serio ejercicio de profundidad y una ausencia total de oportunismo, como es fácil deducir de tan serio empeño.

En mi aprendizaje a su lado hay un par de datos que quiero recordar en estos momentos por lo que revelan sobre su manera de trabajar. Por un lado, la petición que me hizo de que le buscara en Estados Unidos los libros, artículos y recensiones, que le servirían para escribir su espléndido prólogo a *La idea de la razón de Estado en la historia moderna* de Friedrich Meinecke. Al decir «buscar» me refiero nada más al acto material de fotografiarlos, aún no existía la fotocopidora, porque desde Madrid él me enviaba las referencias exactas de lo que deseaba, que era todo, incluidos textos publicados en las revistas más insospechadas, pese a que aún no existían las bases bibliográficas que hoy tenemos. Su información era inmensa, pero todavía era mayor su avidez intelectual. En 1957 vino a mi Colegio Mayor de Madrid a ver los libros que yo había traído de Estados Unidos, la mayor parte en ediciones baratas y de temas de mi especialidad. Sentía curiosidad por todo y era un placer hablar con él de la organización de los cursos norteamericanos, de las lecturas que en ellos se recomendaba y de lo que había que hacer en España para no quedarnos atrás.

La verdad es que no sólo no mejoramos sino que fuimos a peor. Durante más de dos lustros se desorganizó a conciencia la Universidad que entonces teníamos y se desbarataron sus esperanzas, se fracturó la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas y los profesores nos vimos forzados a convivir con el caos, por un lado, y con la voluntaria y torpe ignorancia de lo que debe ser una Universidad digna de ese nombre, por otro. A lo largo de todos estos años mantuvimos la relación que nos permitían las circunstancias en el seno de aquella institución ruinosa y desprestigiada. Personalmente, sin embargo, tengo recuerdos entrañables de esos tiempos, entre los cuales nunca olvidaré una visita que le hicimos a la familia Díez del Corral en su casa de Noja.

Su familia fue para él su máxima prioridad afectiva y ha sido para mi emocionante leer en sus Obras Completas, y una después de otra, las dedicatorias a su esposa, a sus hijos y a sus amigos que figuran al frente de sus principales libros. En una de mis últimas visitas a su casa, hace poquísimo tiempo, observé cómo sus hijas se admiraban de que hubiera podido trabajar tanto, encerrado en su despacho, mientras ellas practicaban en la sala contigua sus lecciones de piano. Nunca les pidió silencio, porque su capacidad de concentración solamente cedía el paso a su tesón.

Durante estos años publicó *Del Nuevo al Viejo Mundo* (1963), *La monarquía hispánica en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humboldt* (1976) y *Velázquez, la Monarquía e Italia* (1978). Ingreso también en otras dos Reales Academias, la de la Historia en 1973 con un discurso titulado *La monarquía de España en Montesquieu* y la de Bellas Artes de San Fernando, donde su discurso de ingreso versó sobre *Velázquez, Felipe IV y la monarquía* (1979), siendo nombrado en 1980 Doctor Honoris Causa por la Sorbona. A este mismo período pertenece un libro por el que yo siento mucho aprecio: *Perspectivas de una Europa raptada* (1974), pese a la humildad formal de su primera edición. En él se contiene un trabajo titulado «Política y economía en la integración europea» y otro sobre «Europa y la futurología», que bien merecen ser repasados por los economistas, sociólogos y politólogos españoles en este venturoso Año del Euro. En él hizo un uso excelente no sólo de su saber histórico, sino también de su experiencia práctica de las organizaciones de la nueva Europa, ya que fue gobernador de la Fundación Europea de la cultura y miembro de su Comisión Cultural. Permítaseme decirlo con sus propias palabras: «El gran tema común es Europa, que si debe ser examinado con todo rigor positivista, analizando la estructura y el funcionamiento de sus instituciones comunitarias, también debe ser considerado con visión imaginativa, escrutando lejanos horizontes, tanto del presente como del pasado o del futuro, y arriesgando hipótesis interpretativas sobre la abigarrada multitud de los datos. Sólo si nos proponemos combinar tales enfoques seremos fieles a nuestra condición intelectual e histórica, es decir, realista, de europeos».

Entre tanto, su producción intelectual crecía en variedad de temas y en hondura de reflexión. No he hablado, no lo voy a hacer ya, sobre sus *Ensayos de Arte y Sociedad* (1955), *De Historia y Política* (1956), o *La función del mito clásico en la literatura contemporánea* (1957), ni sobre las traducciones de sus libros, ni mucho menos sobre sus cuidadísimos artículos o aportaciones a las sesiones de trabajo de las tres Reales Academias a las que pertenecía. Afortunadamente, todo esto está hoy al alcance de los españoles gracias a la publicación de sus Obras Completas, hecha por su discípula Carmen Iglesias.

Pero antes de terminar querría decir algo sobre su dedicación a las tareas de nuestra Academia y, en especial, a su gestión durante los seis años que fue Presidente. Elegido Académico el 31 de octubre de 1961, para cubrir la vacante en la medalla 25 producida por el fallecimiento de D. Nicolás Pérez Serrano, sucedió en la Presidencia a Alfonso García Valdecasas, que cesó a petición propia el 4 de diciembre de 1984. Al asumirla heredó una situación desazonada, a la que supo responder serenando los ánimos y restaurando el normal desarrollo de las actividades académicas alteradas o interrumpidas y el funcionamiento

de la Junta de Gobierno: Se le eligió con la esperanza de que lo hiciera y lo consiguió. Más grave y difícil era el ambiente de acoso a las Academias que encontró en los medios oficiales. Baste recordar que se pretendía jubilar a los Académicos al cumplir los 65 años y nombrar directamente un cupo de hasta el 50%. Supo hacer frente a este incalificable propósito desde su sillón presidencial de esta Academia y desde su puesto en la Mesa del Instituto de España, donde representó a la Real Academia de la Historia hasta su retirada en 1995 y llegó a ser Vicepresidente Primero.

Los efectos de su presidencia no tardaron en advertirse. Se aceptó, incorporó y catalogó la Biblioteca Elías de Tejada, con unos cuarenta mil títulos; se hizo y decoró el despacho del Presidente de la Academia, hasta entonces inexistente; se recuperó para usos académicos la totalidad del espacio de nuestra sede y se amplió por primera vez desde la creación de nuestra Corporación el número de Académicos Numerarios, desde los 36 fundacionales a los 40 actuales. Logró también del Ministerio de Educación y Ciencia una cuantiosa partida económica para acometer la restauración de nuestro edificio, que fue finalmente ejecutada bajo la Presidencia de su sucesor, D. Enrique Fuentes Quintana.

Lo más importante fue, sin duda, la recuperación de la grata convivencia característica en esta Casa, salvo en contadísimas ocasiones. Entendió la Presidencia como una invitación al consenso y la ejerció con toda la «auctoritas» que emanaba de su talante liberal y con plena conciencia de que presidía una corporación vitalicia de iguales, según establecen nuestros Estatutos. Las palabras con las que compendia las intervenciones de los académicos en las Sesiones ordinarias han sido recordadas por más de uno con motivo de su fallecimiento, y antes en el homenaje público que le rindió la Academia en 1991, bajo la Presidencia de SS.MM. los Reyes.

Nunca buscó el protagonismo personal y se resistió a la popularidad fácil que da la escritura en periódicos. Su manera de hacer era abierta pero reservada y sabía ser firme en la defensa de sus convicciones. Su señorío natural no le impedía la llanura de trato con sus discípulos. Su paciencia actuaba con ellos como la lluvia fina y persistente, que cala la tierra, la empapa y la hace fructificar cuando sale el sol, y no como la gota fría que inunda o el torrente que arrastra. Su estilo era sosegado, como el discurrir de un río caudaloso entre amplias orillas, algo bastante excepcional en un país como el nuestro de corrientes muy rápidas pero con poca agua. Su afán intelectual era una excepción de serenidad en un medio de comentaristas apresurados, y con frecuencia pasionales. Así era el maestro, el amigo y el hombre ejemplar que hemos perdido.

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Dalmacio Negro Pavón

Hace treinta y ocho años, precisamente una tarde del mes de mayo, me invitó Don Luis, al finalizar un curso de Doctorado, a colaborar en su cátedra de Historia de las Ideas y Formas Políticas. Desde entonces he tenido la inmensa fortuna de haber permanecido bajo la tutela intelectual de quien me distinguió además con su amistad y generosidad. Creo que estas breves palabras resumen expresivamente todo lo que pudiera decir en el plano personal de alguien a quien debo por lo menos una de las principales trayectorias de mi vida, justamente aquella por la que tengo el honor de ofrecerles en ocasión tan penosa, esta breve evocación de la figura intelectual de quien fue y es mi maestro.

Quisiera destacar algunos aspectos menos notorios para quiénes sólo conocen su obra escrita, no por cierto Vds. que, por su condición de amigos o familiares muy próximos, han sido también testigos de su excepcional personalidad, de sus cualidades humanas e intelectuales.

Don Luis, se ha dicho muchas veces, ha sido, efectivamente, más que un profesor un maestro. En seguida lo percibía muy bien la grey estudiantil que asistía a sus clases de Licenciatura y, quiénes teníamos la suerte de seguir después cerca de él, acostumbrábamos a llamarle así espontáneamente entre nosotros: Don Luis era sencillamente «el maestro».

Si las clases resultaban a la vez atractivas, sugerentes y densas, los seminarios y la conversación con Don Luis eran como una aventura venatoria a la caza de lo que sugerían las ideas que profusamente lanzaba con ocasión de cualquier tema. Ante alguna aporía o dificultad intelectual, siempre tenía la referencia, la palabra o la frase oportuna, moderada en la forma y penetrante en el fondo, que iluminaba de pronto toda la cuestión, presentaba otras perspectivas y casi siempre abría nuevos horizontes. Así se aprendía con él sutilmente, sin darle importancia, ese arte tan difícil de los *filothalaimones*, de los platónicos amigos del mirar, el arte de buscar las ideas, de verlas cara a cara para descubrir en ellas la realidad como teoría. Frecuentar la compañía de Don Luis era aprender un método y un estilo de pensar que no deja entrever tan fácilmente su obra escrita, que recoge los resultados, siempre cuidadosamente meditados y sopesados. Su prodigiosa capacidad de relacionar ideas, hacer concebir otras y sugerir horizontes, queda en ella a veces como velada por una inmensa cultura que le permitía considerar sintéticamente todas las perspectivas y posibilidades intelectuales. Se puede decir de él lo que decía de Ortega: «cada libro, cada idea expresada por él no era algo terminado, sino algo lleno de

cabos sueltos que esperaba su continuación en una idea, en un libro, en una conversación posterior».

Es natural que el magisterio de Don Luis, su peculiar capacidad de incitación, haya dejado en muchos casos una profunda huella, y en quienes por su proximidad se consideraban y se consideran sus discípulos, seguramente un estilo. Pero no sólo entre estos últimos, pues también ha dejado su impronta en quienes sólo le han conocido como profesor universitario; se podrían contar muchas anécdotas al respecto: Don Luis era un estilo de pensar y de ser.

Conocido fuera de nuestras fronteras como uno de los pares de la cultura europea de la época, el impacto de su obra escrita ha sido universal. Resulta incluso sorprendente en tiempos en que no merece mucho respeto quien no sea especialista o «experto», pues la especialidad de Don Luis era lo general, quizá más exactamente, lo universal.

Discípulo de Ortega, a quien tanto le gustaba siempre evocar, era también sobre todo un hombre culto, en ese profundo sentido orteguiano de que cultura es lo que queda cuando todo se ha olvidado, es decir, cuando lo que se sabe forma parte de tal modo de la vida personal que se convierte en experiencia vital. Su inmenso saber no era, pues, erudición, sino un saber hacer la faena intelectual apropiada: conocimiento transformado en sabiduría. No es extraño que, ya en la madurez trabase un íntimo diálogo intelectual con otro par de la cultura europea de antaño, Alexis de Tocqueville, a quien dedicó, por cierto, su discurso de ingreso en esta Academia, *«La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal»*. Le apasionaba la forma táctil, como le he oído decir tantas veces a Don Luis, que tenía el escritor francés de tratar las aporías que las cosas y los hechos plantean al intelecto, sin duda, me permito decir yo, porque era tan parecida a la suya. Igual que aquél, tampoco Don Luis se conformaba con la visión de las letras y las imágenes impresas. Gran viajero, tenía que ver, mirar, escudriñar aquello sobre lo que escribía a fin de captar su expresividad, aprehender su estética. No puede extrañar, pues, que el estilo expresivo de Don Luis, Premio Nacional de Literatura por su escrito *Mallorca*, nutrido de sensibilidad, fuese estético en grado eminente. Muchos de nosotros hemos sido testigos de cómo cuidaba morosamente la expresión, y no ciertamente por esteticismo sino para acomodar el pensamiento a su objeto y, dejándose ganar por el pero dominándolo, captar plenamente su realidad vital; realidad ciertamente desrealizada que cobraba vida cuando Don Luis oficiaba de historiador, como ocurría casi siempre. Entendía que esa cura o cuidado de la estética de la expresión constituye la mejor manera de dejar obrar a la razón vital.

Historiador filósofo del arte, dónde la estética tiene su lugar natural, en mi modesta opinión, uno de los lugares principales donde se muestra mejor esa conjunción de sentido estético y razón es seguramente *«Del nuevo al viejo mundo»*. En esta obra, la visión táctil de la realidad, geográfica e histórica a la vez, se presenta ordenada como un cosmos intelectual.

Quisiera recordar en este momento, que la obra de Don Luis, asentada en esas coordenadas ligeramente esbozadas, abarca mundos tan distintos, si se ven con los ojos del especialista, como el de la literatura, el arte, la ciencia y la técnica, la economía, el derecho, la sociología, la teología, la política o la historia. El escritor, el esteta, el sociólogo, el jurista, el pensador político y el historiador están siempre presentes en cualquiera de sus escritos, concebidos bajo el prisma de la consideración filosófica que les da unidad. No es casual que su libro más conocido, *«El rapto de Europa»*, sea la última filosofía de la historia de gran estilo. Ahí están presentes la literatura, el arte, la ciencia y la técnica, la geografía, la economía, la sociología, el derecho, la teología, la política. Ensamblado todo en una unidad de sentido.

Ese gran libro tiene, precisamente, por objeto principal aprehender el ser de dos realidades históricas que constituyeron siempre la gran preocupación, yo diría un tanto inmoderadamente, la obsesión de Don Luis: Europa y España. Y me atrevo a afirmar que le complacerá que se diga, justo en este momento, que el conjunto de su obra es una respuesta a la pregunta que empezó a formularse con rigor intelectual hace ahora cien años, sobre la conexión entre ambas realidades históricas. Su primera gran obra, *El liberalismo doctrinario*, en la que estudia una época crucial en la historia contemporánea de Europa, tenía ya este objetivo: examinar cómo se relaciona el pensamiento español con el europeo formando parte de él. Para Don Luis no había la menor duda: España no sólo es plenamente europea sino que Europa no sería ella misma sin lo español.